

"Silencio, se roba"

Comedia en 5 cuadros

Personajes

ANTONIO: *Vecino del pueblo, ideólogo del plan.*

ETELVINA: *Vecina de Antonio, contrapunto siempre del anterior, más por costumbre que por convencimiento.*

EDELMIRO: *Marido de ETELVINA, calzonazos como buen asturiano que se precie.*

ANDRÉS: *Cacique del pueblo, fardón y altanero.*

JOAQUÍN: *Cabo de la guardia civil.*

RUFINO: *Armario ropero que acompaña siempre a Don Andrés, mitad chófer y guardaespaldas.*

ELENA: *Moza despampanante de ciudad. Un cromo de mujer.*

PRIMER CUADRO

Un pequeño caserío, con al menos una casa, la de EDELMIRO y ETELVINA. Tiempo de postguerra, cuando el hambre campaba a sus anchas en toda España. ANTONIO habla con EDELMIRO. En lo posible, estos dos actores deberían estar muy delgados.

ANTONIO.- ¿Sabes lo que me comía ahora de buena gana?

EDELMIRO.- Tu no sé, pero yo, cualquier cosa que tuviese carne.

ANTONIO.- Pues come una uña, Edelmiro.

EDELMIRO.- Tengo los dedos tan enjutos que solo comería pellejo.

ANTONIO.- Estaba pensando en unas galletas de manteca que hacía mi abuela.

EDELMIRO.- ¡Manteca!

ANTONIO.- Si, y también les echaba una pastita de avellana con azúcar y huevo.

EDELMIRO.- *(Se relame)* Huevos, azúcar...

ANTONIO.- Después de amasar bien la pasta, las dejaba en el horno dos o tres horas.

EDELMIRO.- Esa pasta la comía yo hasta sin hornearla. ¿Sabes cuánto hace que no entra azúcar en mi casa?

ANTONIO.- Lo mismo que no entra en la mía, fijo. Ya no tengo muy claro ni de qué color es.

EDELMIRO.- Blanca, y así como con cristalitos... ¡Dios, que hambre tengo! ¡Etelvina! ¡Etelvina!

ETELVINA.- *(Sale de casa. ETELVINA también, en lo posible, debe de estar de pasar hambre)* ¿Qué te pica, Edelmiro?

EDELMIRO.- El estómago. ¿Qué se puede comer?

ETELVINA.- Hoy tienes un menú de lo más variado: Tienes jamón, bien curado, adobo, con dos dedos de blanco, chorizos de una cuarta...

ANTONIO.- Oye, Edelmiro, que te lo saque todo, que si no puedes con ello, hago un esfuerzo y te ayudo a terminarlo.

ETELVINA.- ¿Eres imbécil, Antonio? Lo único que me queda de la matanza son cuatro huesos, que dicho sea de paso, ya he metido quince o veinte veces en la olla para hacer caldo, que más que caldo, dan pena.

ANTONIO.- ¡Ay, mujer! ¿Y para qué nos haces la boca agua? Eso es crueldad con los animales.

EDELMIRO.- ¿Entonces no hay nada para comer?

ETELVINA.- Claro, hombre. Toma. *(Le da un puerro)*

EDELMIRO.- Después de hablar de lo de antes, ¿me das esto?

ETELVINA.- La carne tiene que acompañarse de verdura. Y no lo comas muy rápido, que así engañas el hambre hasta la hora de cenar.

ANTONIO.- Son las once de la mañana, será hasta la hora de comer.

ETELVINA.- No, Antonio, no. Es hasta la hora de cenar. ¡Con Dios!

EDELMIRO.- No, a Dios déjalo para allá, que si le tenemos que dar de comer es gorda. *(Se va ETELVINA. EDELMIRO mordisquea el puerro)* Dios, estoy de puerros y nabos...

ANTONIO.- Igual si piensas que estás comiendo un poco de tocino, cambia el sabor.

EDELMIRO.- No tengo fuerzas ni para imaginar, aparte que casi ni me acuerdo a qué sabe el tocino.

ANTONIO.- De todas formas, consuélate. Dentro de seis días es la comida que nos da Don Andrés a todos los jornaleros que tiene, y allí sí que vas a poder comer bien, aunque sea un día.

EDELMIRO.- Aún me acuerdo del empacho del año pasado. Eché siete veces fabada. Cosme estaba a mi lado y unas cuantas veces se pellizcaba para ver si estaba soñando.

ANTONIO.- La que se pellizcaría muchas veces por la noche entonces sería tu mujer, porque la serenata tuvo que ser de las que marcan época.

EDELMIRO.- Cuatro veces tuvo que levantarse mi mujer a recoger la manta, porque la tiraba con la potencia de los "propulsores". Pero mereció la pena. Este año tengo pensado batir mi propia marca y llegar a los ocho platos.

ANTONIO.- Está mal repartido este mundo, ¿eh? Nosotros pasamos hambre y Don Andrés tiene dinero para morir ahogado entre ellas.

EDELMIRO.- ¿Y ese reloj de cadena que tiene? ¡Oro macizo! Con ese reloj teníamos nosotros para comer en condiciones para los próximos diez años.

ANTONIO.- Y estirándolo hasta para doce. ¡Bien presume de él! Que si es de marca, que si es único, que si es macizo, que si es de bollo...

EDELMIRO.- Será suizo, animal.

ANTONIO.- Eso mismo. he oído decir en una ocasión que le había costado más de cuarenta mil pesetas.

EDELMIRO.- ¿Y eso en duros cuánto es?

ANTONIO.- Muchos, Edelmiro, muchos. No sé decirte cuántos, porque en pasando de veinte duros ya pienso que estamos hablando de un marqués como poco.

EDELMIRO.- Suponte que se diera el caso de que lo perdiera el día la comida, y lo encontrásemos nosotros. ¿Lo imaginas?

ANTONIO.- ¡Cuarenta mil pesetas! Lo malo sería repartirlas, porque a uno le tocarían cuarenta y a otro mil.

EDELMIRO.- A ti la escuela no te sirvió de mucho, ¿eh?

ANTONIO.- ¡Vaya si me valió! ¡No me cobijé pocas veces en ella cuando llovía!

EDELMIRO.- ¡Veinte mil pesetas para cada uno! ¿Sabes lo que es eso?

ANTONIO.- Sí, veinte mil veces lo que tengo en el bolsillo, y ese cálculo lo he hecho casi sin escuela.

EDELMIRO.- ¿Tienes una peseta en el bolsillo?

ANTONIO.- Lo que me queda para acabar el mes.

EDELMIRO.- No está mal. Estamos a siete... Ay, Antonio, arreglábamos la vida.

ANTONIO.- Pero no lo pierde, no. Creo que lo trae amarrado con una cadena de oro también.

EDELMIRO.- Siempre nos quedará la fabada.

ANTONIO.- *(Después de pensar un poco)* ¿Y si también nos quedara el reloj?

EDELMIRO.- Entonces seríamos los reyes de Asturias.

ANTONIO.- Te estoy hablando en serio. ¿Y si nos las apañamos para quedarnos con ese reloj?

EDELMIRO.- A ver, Antonio, que ya sé que pasamos hambre, pero en la cárcel va a ser peor todavía. Tengo un primo allá que ha bajado diez kilos en seis meses.

ANTONIO.- Tampoco es para tanto.

EDELMIRO.- Pesaba cuarenta y cinco cuando entró. No, Antonio, robar no es la solución.

ANTONIO.- Sí, Edelmiro, robar es la solución... cuando no te pillan.

EDELMIRO.- Has dado en el clavo, Antonio, cuando no te pillan. Pero no sé si te acordarás que a la comida de Don Andrés siempre viene el cabo de la

guardia civil, que es peor que una mula, y que anda siempre con él. Y eso por no hablar del buey que trae de chófer, que como te ponga una mano encima, te deja plantado hasta las rodillas.

ANTONIO.- Contra la fuerza hay que tener inteligencia.

EDELMIRO.- Tú, ni lo uno ni lo otro.

ANTONIO.- Algo me quedó, que no me ha pillado ninguna, como te ha pillado a ti Etelvina.

EDELMIRO.- No me pilló ella, me pillaron los hermanos. Sabía que era mala idea lo de que me enseñase el pajar. Y el inocente de mi, que pensaba que era para ver lo curado que estaba el heno...

ANTONIO.- ¿Y estaba curado?

EDELMIRO.- En cuanto arremangó las sayas ni vi heno, ni pajar. Lo que vi fue a los hermanos con los garrotes esperando cuando bajé del pajar.

ANTONIO.- Haberlo pensado antes de arremangarle las sayas. De todas formas no te vayas por las ramas, o en este caso, por los pajares. Estoy pensando que si lo preparamos bien, podemos robarle el reloj a Don Andrés sin que sospeche nada.

EDELMIRO.- Insisto, Antonio. Da igual que lo emborraches o lo que sea. Están la mula y el buey.

ANTONIO.- Hacemos con ellos un belén.

EDELMIRO.- Un belén se puede montar si le robamos el reloj a Don Andrés.

ANTONIO.- A ver, calamidad, la cosa es prepararlo todo bien para que no se dé cuenta, ni él, ni los otros dos animales.

EDELMIRO.- Pues ya me dirás cómo.

ANTONIO.- Tenemos que planearlo todo perfectamente para, en la comida que hace con los jornaleros, robarle el reloj. Esa va a ser nuestra oportunidad. Como vamos a ser mucha gente, no podrá saber que fuimos nosotros los que se lo robamos.

EDELMIRO.- Va a estar complicado, Antonio. El chófer no lo deja ni a sol ni a sombra, y el cabo tampoco.

ANTONIO.- Ya veremos. El caso es que ese día es el indicado. Si no es ese, no va a poder ser otro. ¡Arrea! Hablando del rey de Roma...

EDELMIRO.- Y de la mula y el buey, que los trae con él. ¿A ti te suena verlo alguna

vez sin ellos? Para min que están pegados, o algo así.

ANDRÉS.- *(Entra con JOAQUÍN, el cabo de la guardia civil, y RUFINO, el armario ropero que le hace de chófer y guardaespaldas. ANDRÉS tiene sus años, y no está precisamente de pasar hambre)* Buenos días, Ramón.

ANTONIO.- Antonio, Don Andrés, Antonio. Buenos los tenga usted también. ¿Cómo por aquí?

ANDRÉS.- Visitando a los jornaleros, por lo de la comida del domingo.

EDELMIRO.- ¡No sabe con qué ansia la esperamos!

ANTONIO.- Por lo de estar juntos y eso, quiere decir.

EDELMIRO.- Y por el "record" de los ocho platos.

ANTONIO.- Mete el puerro en la boca y calla, Edelmiro. Estamos también deseando que llegue el día, Don Andrés.

ANDRÉS.- *(Saca el reloj de oro, Muy presumido)* Buf, es tardísimo. Al grano. Venía a deciros que este año no va a ser posible hacer la comida.

EDELMIRO.- ¿Qué? *(Mira el puerro)* Hombre, no puede ser que tenga que seguir con esto.

ANTONIO.- ¿Qué pasa, Don Andrés?

ANDRÉS.- Están las cosas más apretadas, Baldimiro.

ANTONIO.- Antonio, Don Andrés, Antonio.

ANDRÉS.- No podremos hacer la comida. Tenemos todos que apretar un poco más el cinturón.

EDELMIRO.- A mí ya me da dos vueltas a la cintura, si lo aprieto un poco más, va a pegar la hebilla con la parte de atrás.

ANTONIO.- Hombre, Don Andrés, ¿y no se puede hacer la comida, aunque sea con patatas cocidas? Si el caso es estar todos juntos, lo de comer es lo de menos.

EDELMIRO.- ¡Habla por ti!

ANDRÉS.- No puede ser, Cosme, no puede ser. ¡Qué más quisiera yo! Pero están las cosas duras. Seguro que para el año que viene mejoran y podemos hacer de nuevo la comida.

EDELMIRO.- *(Mira el puerro)* ¡Me queda un año contigo!

ANTONIO.- Pero, Don Andrés...

JOAQUÍN.- Antonio, no fastidies, ¿eh? Don Andrés ya te ha dicho que no puede ser, y no puede ser. Se ha terminado el asunto.

ANDRÉS.- *(Vuelve a mirar el reloj)* Tenemos que irnos, que todavía nos faltan un par de jornaleros por avisar... *(Queda obnubilado mirando para un lado)*

EDELMIRO.- ¡Ay! Si me conformaba con un platito. Lo de los ocho era por el "record", no por hambre... Bueno, por hambre también.

ANTONIO.- ¿Le pasa algo, Don Andrés? *(Entra ELENA, una chica de bandera, vestida al estilo de capital, y no como los aldeanos. ANDRÉS va inmediatamente a saludarla)*

ANDRÉS.- Señorita... *(Le besa la mano)*

ELENA.- Hola, Don Andrés. ¿Dando un paseo?

ANDRÉS.- Eso hacía, aunque he tenido que pararme porque he quedado deslumbrado.

ELENA.- Si el día está nublado.

ANDRÉS.- Pero ha salido el sol cuando ha aparecido usted.

ELENA.- ¡Qué tonto es! Tiene unas cosas...

ANDRÉS.- ¿No me haría el honor de acompañarme?

ELENA.- De mil amores, pero ahora mismo no puedo, porque voy a casa de mi tía. Para otra ocasión.

ANDRÉS.- Espero esa ocasión ansioso. Señorita... *(Le besa la mano)*

ELENA.- Hasta luego, señores. *(Se va)*

EDELMIRO.- ¿Lo de señores también va por nosotros?

ANDRÉS.- *(Vuelve a sacar el reloj)* Vamos, que se hace tarde. Edelmiro, Ataulfo, hasta otro día.

ANTONIO.- No es Ataulfo, es... Deje, Ataulfo vale. A sus pies, Don Andrés. *(Se van ANDRÉS, JOAQUÍN y RUFINO)*

EDELMIRO.- ¡Ay, Dios, me he quedado sin la fabada!

ANTONIO.- ¿La fabada? ¿A quién le importa la fabada?

EDELMIRO.- ¡A mí! Con su chorizo, y su morcilla...

ANTONIO.- *(Le mete el puerro en la boca)* ¡Calla con las puñetera fabada! ¿No te das cuenta de que se nos acaba de fastidiar lo de robarle el reloj en la comida?

EDELMIRO.- ¡Y mis ocho platos de fabada!

ANTONIO.- Como no dejes de hablar de esa fabada te juro que te voy a meter el puerro por el ojo de atrás. ¡Estás avisado! ¡Coimes! Con el plan tan bueno que teníamos para atracarlo.

EDELMIRO.- ¿Plan? Pero si solo habíamos hablado de robarlo. Todavía no habíamos

pensado nada.

ANTONIO.- Pero ya estaba hecho, seguro. Con mi mente privilegiada era cuestión de tiempo que pensase algo. Al no haber comida, no va haber forma de acercarse a él.

EDELMIRO.- Si fueses Elena no tendrías ese problema.

ANTONIO.- ¿Qué has dicho?

EDELMIRO.- Oye, que no he dicho ni palabra de la fabada, ¿eh?

ANTONIO.- No, no. Lo de Elena. ¡Eso es! Elena sí que se puede acercar a él sin problema.

EDELMIRO.- Ah, bueno, entonces esto es pan comido. Hablamos con Elena, que le robe el reloj, y despachado. ¿Esa es tu mente privilegiada? Total, es solo convencerla para que cometa un delito, y encima para que nos dé lo que robe.

ANTONIO.- Habrá que pulir el plan, pero por ahí tienen que ir los tiros.

EDELMIRO.- Pues empieza ahora si quieres con el tema de convencerla, que ahí viene de vuelta. **(Entra ELENA)**

ANTONIO.- Señorita, ¿no iba a casa de su tía?

ELENA.- Si, pero no estaba, así que vuelvo para la posada.

ANTONIO.- ¿Era para algo importante?

ELENA.- Para mí, sí. Estaba esperando la carta de un director.

EDELMIRO.- ¿Del banco? ¿Para pedir un préstamo?

ELENA.- No, de cine. He hecho una prueba para una película, y estoy esperando a ver si el director me escoge.

ANTONIO.- No se apure, señorita. Si lo que necesita es una chica guapa, no va a encontrar otra mejor.

ELENA.- Es el sueño de mi vida: Ser actriz de cine. Daría lo que fuera por un papelito en cualquier película. Lo difícil es hacer la primera, pero una vez se entra en el mundo del cine, luego lo demás viene de arreo. Me conformaba con hacer al principio aunque fuese de figurante.

EDELMIRO.- Si por figura es, le sobra a usted, señorita.

ETELVINA.- (Sale de casa) Me pareció escucharla desde la cocina. Es que su tía me dio una carta para llevársela a la posada, e iba a ir hasta allá, pero ya que está aquí, me ahorra el paseo. **(Se la da)**

ELENA.- ¡Es del director! (*La abre nerviosa y lee*)

EDELMIRO.- ¿Qué? Nos tiene en ascuas.

ELENA.- (*Triste*) Me dice que no me da el papel, que me faltan tablas.

EDELMIRO.- Si hace falta vamos hasta la carpintería por unas cuantas.

ANTONIO.- No son esas tablas, Edelmiro.

EDELMIRO.- Entonces, ¿cuáles? ¿Las de multiplicar?

ANTONIO.- No le haga caso, señorita. Y no se ponga triste. Ya verá, su oportunidad llegará más tarde o más temprano.

ELENA.- Estaba dispuesta a hacer lo que fuese, un papel grande, pequeño... de chica o de lo que fuese. Y no me importaba si el director era famoso o no. Saldría en cualquier película sin dudarle. ¿Ustedes no conocerán a alguien que quiera hacer una película?

ANTONIO.- Película no, pero el zoquete este hace bastante teatro con la esposa para que no le pegue.

ELENA.- De verdad que estoy dispuesta a lo que sea por entrar en el mundo el cine. ¡Lo que sea!

ANTONIO.- No desespere, que en cualquier momento llegará su oportunidad, ya verá.

ELENA.- Gracias, gracias. Voy a la posada. Gracias, señora. (*Se va triste*)

EDELVINA.- Pobrecita. ¿Malas noticias?

ANTONIO.- No, espléndidas.

EDELMIRO.- No hay más que ver los saltos que da de alegría. Pero si dice que no le dan el papel. Por cierto, el papel, ¿para qué es? ¿Para envolverla?

ANTONIO.- Ese papel no se lo dan, pero va a tener otro en una película más importante. Edelmiro, acabas de ascender a ayudante de dirección.

EDELMIRO.- ¿Y cuánto voy a cobrar?

ANTONIO.- Si todo sale bien, veinte mil pesetas.

EDELVINA.- A ver, Antonio, que ese dinero no lo he visto jamás junto ni separado. ¿Qué dices?

ANTONIO.- Está claro. A Don Andrés solo se puede arrimar Elena, y Elena quiere hacer una película, cualquier película. ¿No os dais cuenta?

EDELMIRO.- A mi debe de ser que el puerro me ha ablandado la cabeza, porque no, no me doy cuenta.

ANTONIO.- Es bien sencillo. Vamos a hacer una película donde Elena tenga que

robarle el reloj a Don Andrés. ¡Es perfecto!

EDELMIRO.- ¿Qué dices?

ANTONIO.- Hay que ponerse manos a la obra y prepararlo todo. En menos de dos días vamos a tener el reloj con nosotros, Edelmiro. ¡Dos días! Vete a hablar con Elena y dile que la queremos de protagonista en una película que estamos rodando en el pueblo, y pregúntale si está interesada, que lo estará. ¡Este plan es perfecto! ¡Perfecto!

SEGUNDO CUADRO

Misma decoración. ETELVINA, EDELMIRO y ANTONIO en escena.

ETELVINA.- Sigo sin ver esta tontería.

ANTONIO.- Es normal, Etelvina, tu capacidad cerebral no puede entender los pensamientos de una mente privilegiada.

ETELVINA.- ¿Quieres probar la capacidad que tengo para dar bofetadas?

EDELMIRO.- De esa capacidad podría estar hablando yo muchas horas, por experiencia.

ANTONIO.- ¿Qué es lo que no ves, Etelvina?

ETELVINA.- Nada, no veo nada. Según tu vamos a hacer una película, pero ni tenemos cámara, ni actores, ni nada de nada.

ANTONIO.- No son necesarios. Ya te he dicho que mi mente privilegiada...

ETELVINA.- ¡No vuelvas con eso!

ANTONIO.- Te lo voy a volver a explicar.

ETELVINA.- Deja, no hace falta.

ANTONIO.- ¿Por fin lo has entendido?

ETELVINA.- No, pero como vas a tener que explicárselo ahora mismo a la muchacha esa, de paso a ver si me entero yo. Ahí viene por el camino.

ANTONIO.- Etelvina, vete a tu casa y déjame a min, que igual la lías.

ETELVINA.- ¿Irme? Sí, hombre, sí. Me quedo, que soy parte interesada.

EDELMIRO.- De eso también puedo dar fe yo.

ANTONIO.- Pero ni una palabra. (*Entra ELENA*) Hola, señorita, no la esperábamos aún.

ELENA.- Ya sé que habíamos quedado dentro de una hora, pero no me aguantaba más.
¡Estoy muy ilusionada! (**Mira alrededor**) Pero, ¿aún no está preparado nada para rodar?

ETELVINA.- Eso, Antonio, ¿no está nada preparado?

ANTONIO.- Calla, Etelvina. Está todo listo, señorita, no se apure, pero es que primero hay que preparar las escenas, y ensayar, ¿no me entiende?

ELENA.- Trátame de tu, por favor. Al fin y al cabo es el director.

ANTONIO.- Claro, claro.

ELENA.- ¿Y puede explicarme el argumento de la película?

ETELVINA.- Eso, Antonio, cuéntenos de qué va la película.

ANTONIO.- Etelvina... La película va sobre una ladrona de guante blanco que le pretende robar un reloj muy valioso al cacique del pueblo, y para ello se vale de su mejor arma: la seducción.

ELENA.- O sea, una película de cine negro.

EDELMIRO.- Si, señorita, en blanco y negro. En color es muy caro.

ANTONIO.- ¡Otro!

ELENA.- ¿Y yo quién sería?

ANTONIO.- La protagonista, claro. La ladrona de guante blanco.

ELENA.- ¡Un papel protagonista! ¡No lo puedo creer!

ETELVINA.- Tampoco piense que los demás lo creemos mucho.

ANTONIO.- Etelvina, ¿y si coges una almadreña y te la metes en la boca un rato?

ELENA.- ¿Y quién más sale en la película?

ANTONIO.- Estamos ahora mismo escogiendo a los actores...

ETELVINA.- Yo soy la hermana de la protagonista.

ANTONIO.- ¿Qué dices?

EDELMIRO.- Dabas mejor el perfil de abuela.

ETELVINA.- ¡A que te pongo a ti el perfil mirando para atrás!

ANTONIO.- Disculpa, Elena. (**Lleva a ETELVINA aparte**) ¿Qué es esa tontería de que vas a salir en la película?

ETELVINA.- No me da la gana de dejarte a ti con todo esto entre manos sin saber qué haces y que no, así que qué mejor que salir en la película para estar en todo el meollo.

ANTONIO.- Si no hay película, Etelvina.

ETELVINA.- Ya lo sé, pero si quieres que esa chica no se entere, o estoy en el ajo, o a tomar por el saco todo este asunto.

ANTONIO.- Está bien. Pero a poder ser, mantente en segundo plano... Rediós, ya hablo como un director de verdad. *(Vuelven con ELENA)* Como te decíamos, Etelvina va a ser la madre de la ladrona.

ETELVINA.- La hermana.

EDELMIRO.- La abuela.

ETELVINA.- ¡A que te sacudo!

ANTONIO.- ¡Callad, porras! ¿Qué va a pensar esta señorita? Yo soy el director, y eres la madre. ¿Quieres saber alguna cosa más, Elena?

ELENA.- Creo que no. Lo primero es leer el guión.

ANTONIO.- ¿Qué guión?

ELENA.- El de la película.

ANTONIO.- Ya te lo he dicho. Una ladrona de guante blanco...

ETELVINA.- Y su madre.

ANTONIO.- Sí, y la madre que la parió, van a robarle el reloj al cacique del pueblo.

ELENA.- ¿Y no puede darme el guión para ir estudiando?

ANTONIO.- Ese es el guión.

ELENA.- No entiendo. ¿Y las frases que tengo que decir, los planos...?

EDELMIRO.- ¿Planos para qué? ¿Hay que hacer alguna casa?

ANTONIO.- Edelmiro, cuando quieras puedes hacer la misma operación con la almadreña que le mandé a Etelvina. Mira, Elena, no hay texto, porque mi idea es que la película salga lo más natural posible. Te daré unas indicaciones, y después tienes que dejarte ir, ¿entiendes?

ELENA.- No sé si estaré capacitada.

ANTONIO.- De sobra. No puede ser otra la que haga este papel.

ELENA.- Pero, menos mal que haremos algunos ensayos.

ANTONIO.- Tampoco muchos, si no, no va a salir natural.

EDELMIRO.- Antonio, Don Andrés viene por el camino con la mula y el buey.

ANTONIO.- Pero algún ensayo lo tendremos. Y ahora en caliente vamos a hacer uno. Por ahí viene el actor principal, al que tienes que seducir, para una vez enamorado, poder robarle el reloj.

ELENA.- Pero, ¿esos no son Don Andrés y los que lo acompañan siempre?

ANTONIO.- No, no. Son los actores de la película, Elena.

ELENA.- Pero si ese señor cada vez que me ve me piropea y galantea. Y los que van con él me han dicho que era el dueño de medio pueblo.

ANTONIO.- Porque... porque estaban ensayando sus papeles. De hecho, ha sido él el que me ha aconsejado que la eligiera, porque dice que cuando ensayaba las escenas con usted le salían estupendamente.

ELENA.- Claro, ahora lo entiendo. No sé por qué si no iba a fijarse en una chica como yo.

EDELMIRO.- Habría que ser ciego para no fijarse.

ETELVINA.- ¿A que te fijo yo a ti los morros?

ANTONIO.- Ahí llegan. Ya sabes, naturalidad. Tienes que seducirlo y dejarte seducir. Esto... Nosotros nos vamos a retirar hacia allí, para no molestar.

ELENA.- ¿No se queda a ver el ensayo?

ANTONIO.- Sí, lo voy a ver desde ese rincón, que es donde quiero poner la cámara. Me gusta ese encuadre.

ETELVINA.- Si, el montón de estiércol le da un toque muy agradable a la escena.

EDELMIRO.- ¡Están a punto de llegar!

ANTONIO.- Pues... ¡Cámara y acción!

ETELVINA.- *(Mientras se van)* Tenías razón, Antonio, mi mente no da para todas las idioteces que acabas de discurrir en un minuto. aunque la de esta chica tampoco debe ir muy allá, para creerlas.

ELENA.- ¿Y mi madre no sale en la escena?

ETELVINA.- ¡Por supuesto! *(Vuelve)*

ANTONIO.- ¡Por supuesto que no! ¡Arrea con nosotros! *(Tira de ella y se van corriendo)*

ANDRÉS.- *(Entra con RUFINO y JOAQUÍN)* Vaya, qué agradable sorpresa. Señorita. *(Le besa la mano)*

ELENA.- De tu, por favor, que ahora nos vamos a ver mucho.

ANDRÉS.- ¿Sí? No sabe cómo me alegro.

ELENA.- Estoy muy emocionada. El señor Antonio me ha dado esta oportunidad, y no quiero fallarle. Espero estar a la altura.

ANDRÉS.- Usted va a estar siempre a la altura que quiera estar.

ELENA.- De tu, por favor. Si le parece bien, podemos empezar ya. *(A los otros)*

¿Ustedes salen también en esta escena?

JOAQUÍN.- ¿Perdón?

ELENA.- Lo voy a seducir. ¿Ustedes tienen que estar?

ANDRÉS.- ¿Qué? No, no tienen que estar. ¡Arreando!

RUFINO.- ¿Señor?

ANDRÉS.- ¡Largaos, y no estorbéis!

ELENA.- ¿Llamaremos al señor Antonio?

ANDRÉS.- ¿Para qué, señorita? Estamos muy bien usted y yo solos. ¡Y vosotros, que os larguéis! *(Salen JOAQUÍN y RUFINO y pasan por delante de los que están escondidos, que disimulan haciendo alguna tontería)*

ELENA.- Si ve que no lo hago bien, dígamelo. Es mi primera vez.

ANDRÉS.- Estoy seguro de que lo hará estupendamente.

ELENA.- Vamos allá entonces. *(Tras de una pausa de preparación. Imposta la voz, actúa mal)* Ya hace tiempo que lo veo, y nunca me he atrevido a decirle nada, pero eso va a cambiar hoy. *(Cambia a su tono)* ¿Qué le parece así?

ANDRÉS.- *(Un poco descolocado)* ¡Qué directa!

ELENA.- Tiene razón. Esto es casi de buscona. Vamos a hacerlo otra vez, pero de otra forma. *(Nueva preparación, y tono de actuación)* Hace unos días que lo veo pasar de costumbre por aquí. No puedo dejar de pensar que puede que haya alguien por aquí que quiera ver. ¿Me equivoco? *(En su tono)* ¿Mejor así?

ANDRÉS.- No sé qué decirle...

ELENA.- Es que no estoy acostumbrada a este sistema. Yo soy más de texto.

ANDRÉS.- ¿Trae las cosas apuntadas en un papel?

ELENA.- Es más sencillo.

ANDRÉS.- ¿Y por qué no deja hablar al corazón?

ELENA.- ¡Qué frase más buena! ¿Le importa que la use yo?

ETELVINA.- *(Desde donde están, a los otros)* Si para esta chica esto es seducir, no me extrañaría que no tuviese novio.

ANDRÉS.- Yo también quisiera decirle algo, aprovechando este momento.

ELENA.- No, no, Antonio me ha dicho que solo hiciera lo mío. Usted ya ha hecho lo suyo muchas veces, pero yo es la primera vez, soy novata. Empiezo de nuevo. *(Preparación, tono de actuación)* Señor, deje que hable mi corazón.

¡Qué frase tan buena! Deje que hable mi corazón, que late de amor en cuanto lo veo.

ANDRÉS.- ¡No sabe lo feliz que me hace!

ELENA.- (*En su tono*) Es que a esto no estoy acostumbrada. ¿Cómo le parece que lo he hecho? ¿Llamamos a Antonio, a ver qué dice él?

ANDRÉS.- ¿Para qué quiere llamar a nadie?

ELENA.- Hombre, él es quien tiene que dar el visto bueno.

ANDRÉS.- ¿Tiene que pedirle permiso a Antonio? ¿Son familia?

ETELVINA.- Antonio, apura, que esta chica va a meter la pata.

ANTONIO.- (*Sale*) ¡Don Andrés, buenos ojos lo vean!

ANDRÉS.- Piérdete, Sebastián, que ahora estoy a otros asuntos.

ANTONIO.- Ahora mismo, no se preocupe, pero venía a buscar a la señorita...

ANDRÉS.- (*Serio*) ¡Piérdete!

ANTONIO.- Pero la señorita... (**ANDRÉS silba**) Sí, es una forma de decirlo, es muy bella, pero quería decirle... (*Entran RUFINO y JOAQUÍN*)

RUFINO.- ¿Algún problema, señor?

ANDRÉS.- Hazle entender a Evaristo que aquí está de más.

RUFINO.- (*Se arremanga*) ¿Con amabilidad?

EDELMIRO.- ¿Y para decirlo con amabilidad se arremanga? ¡No quisiera ver si lo dice por las malas!

ELENA.- ¿Esto es otra escena?

ETELVINA.- Me parece que va a haber una, pero de miedo.

ANTONIO.- No se altere, don Andrés, es que tenía que hablar con esta señorita...

ANDRÉS.- Claro que sí. Rufino, que lo entienda, pero sin amabilidad. Señorita, igual lo que va a pasar aquí ahora no es agradable para alguien como usted. Si quiere, la acompaño a la posada, mientras Rufino cambia impresiones con Menelao. ¿Vamos?

ELENA.- Gracias, que amable. (*Sale con ANDRÉS*)

RUFINO.- Y ahora vamos... ¿cómo era? A cambiar impresiones tu y yo.

ANTONIO.- Le aseguro que impresionado ya me tiene. Además, ya entendí que molestaba, así que si me deja irme para mi casa, aquí no ha pasado nada.

RUFINO.- No, no ha pasado, pero va a pasar. Lo siento, pero el jefe es el jefe y tengo que obedecer.

ANTONIO.- Oiga, cabo, que esta mole dice que me va a zurrar. ¡Haga algo!

JOAQUÍN.- Naturalmente. *(Sujeta a ANTONIO por detrás)* ¿Aquí está bien?

ANTONIO.- ¡Su deber es ayudar!

JOAQUÍN.- Y eso hago, ayudar, en este caso a Rufino.

RUFINO.- Pensándolo bien... *(Vuelve a bajar las mangas)*

ANTONIO.- ¡Muy bien pensado! ¿Para qué va a mancharse las manos?

RUFINO.- Tienes toda la razón. No merece la pena mancharse las manos. *(Coge un tronco)* Con esto doy mejor, y no rompo las uñas.

ANTONIO.- Que las tiene muy cuidadas, dicho sea de paso.

RUFINO.- No des coba, que no te va a servir para nada.

ANTONIO.- *(Suplicando)* No lo haga, hombre. Si no quería molestar... Si todo esto era por Don Andrés, para hacerle un favor.

JOAQUÍN.- Antonio, pórtate como un hombre y aguanta la paliza.

ANTONIO.- De verdad, todo esto es para que la señorita Elena se pueda acercar a Don Andrés, porque ya sé que a él le entra por el ojo derecho. Si no fuera por mí, esa chica ni se le habría acercado.

JOAQUÍN.- Posa un segundo el tronco, Rufino, a ver que dice este imbécil.

ANTONIO.- Tengo engañada a la señorita pensando que hace una película, y que Don Andrés es el protagonista, por eso está hablando con él, y poniéndole ojitos.

RUFINO.- ¿Y qué interés tienes tu en que Don Andrés esté con esa chica?

ANTONIO.- ¿Yo? Ninguno. Si Don Andrés está contento, siempre se vive mejor, ¿no?
(RUFINO y JOAQUÍN intercambian miradas cómplices)

JOAQUÍN.- Antonio, quédate aquí sin mover ni un dedo, que Rufino y yo vamos a hablar de un asunto. *(Se van a un lado)* ¡Ni un dedo!

ANTONIO.- No se apure, que ahora mismo no me responde ninguna parte del cuerpo.
(RUFINO y JOAQUÍN hablan en una esquina de la escena. ETELVINA y EDELMIRO se asoman un poco para hablar con ANTONIO)

EDELMIRO.- Antonio, ¿cómo estás?

ANTONIO.- Aguantando las tripas para no irme de vientre. Ah, y gracias por venir a ayudar, ¿eh? Para eso están los amigos.

ETELVINA.- Con que le sacudan a uno es de sobra. ¿Qué ganamos con que os zurren a los dos?

EDELMIRO.- Caray, en todos estos años, debe de ser la primera vez que dice algo

amable de mi.

ETELVINA.- Es que si te parten la cara, la que después tiene que cuidarte soy yo.

EDELMIRO.- Ya me extrañaba tanta dulzura.

ANTONIO.- Mirad a ver si me sacáis de esta, por Dios.

ETELVINA.- Si no es por no ayudarte, pero vale más no meterse en medio de estas cosas.

EDELMIRO.- Cierra los ojos y piensa en cosas lindas.

ANTONIO.- Si, voy a pensar en que os da un infarto a cada uno, que seguro que eso me alegra.

ETELVINA.- ¡Será desgraciado! Te va a venir bien la paliza.

EDELMIRO.- ¡Calla, que vuelven! (*Se esconden*)

ANTONIO.- Si no les importa, no me dé en la cara, que me quedan pocos dientes, y quiero que me aguanten un poco, por si algún día vuelvo a tener la oportunidad de comer carne.

JOAQUÍN.- Antonio, puede que te libres, pero eso va a depender.

ANTONIO.- ¡Me libro! Usted pida, que si está en mi mano...

JOAQUÍN.- Está, está. Queremos que sigas con la tontería esa que te traes entre manos para que la chica tenga entretenido a Don Andrés.

ANTONIO.- No se apuren, que no va a hacer otra cosa. ¿Y ahora puedo irme?

RUFINO.- Tranquilo, hombre, que todavía no hemos acabado. Vas a seguir con lo que estés haciendo, pero vas a tener que hacer algo más. Arréglate como quieras, pero tienes que conseguir la chaqueta de Don Andrés, y nos la das.

ANTONIO.- Sin faltar, Me parece que no es de su talla.

JOAQUÍN.- Sí, pero lo que lleva en ella, es la justa cuenta.

ANTONIO.- No entiendo...

RUFINO.- Como estoy seguro de que no vas a soltar prenda, por la cuenta que le tiene a tu cara, te lo vamos a decir. Queremos lo que Don Andrés lleva en esa chaqueta.

ANTONIO.- El reloj...

JOAQUÍN.- El reloj.

ANTONIO.- Si no fuese el cabo de la guardia civil pensaría que lo que quieren es robar ese reloj.

RUFINO.- Has dado en el clavo.

ANTONIO.- La madre que... ¡Que me chafan el plan! Pero, ¿de verdad que se van manchar las manos por un reloj? Si valdrá cuatro duros.

JOAQUÍN.- Vale mucho más, pero es que también trae en la chaqueta la cartera, y nunca lleva en ella menos de veinte mil pesetas. Y si no, ¿por qué crees que anda siempre con nosotros dos acompañándolo?

ANTONIO.- A ver, no es que no quiera colaborar...

RUFINO.- Es que aunque no quieras, lo vas a hacer.

ANTONIO.- Si, hombre, sí. Lo que quiero decir es que tiempo tuvieron de sobra ya para quitarle lo que sea, que están siempre con él.

JOAQUÍN.- Sí, pero de esta forma pensará que se lo ha robado la señorita, no pensará en nosotros.

RUFINO.- ¿Contamos contigo?

ANTONIO.- Pues... ¿y cómo vamos a repartir?

JOAQUÍN.- Sencillo. El cincuenta para este y el cincuenta para mí.

ANTONIO.- No he ido mucho a la escuela, pero me parece que no queda nada para mí.

RUFINO.- Te van a quedar todos los dientes en la boca. ¿Te parece poco?

ANTONIO.- ¿Ni una propinilla?

JOAQUÍN.- Ya volveremos por aquí para concretar el tema. Y ahora, a lo que estábamos.

ANTONIO.- Pero si me han dicho que iba a librar.

RUFINO.- El señor ha dado una orden, y tiene que parecer que cumplimos. No te apures que solo te vamos a dejar un ojo morado, para disimular.

ANTONIO.- Lo embadurno de hollín, que dará el pego.

RUFINO.- El pego lo dará mejor con este. *(Por su puño)* Vamos detrás de casa, Joaquín, que allí trabajaremos más tranquilos. *(Se van)*

TERCER CUADRO

Misma decoración. ETELVINA, EDELMIRO y ANTONIO en escena, este con un ojo morado, mientras ETELVINA se lo intenta calmar con un paño mojado.

ANTONIO.- ¡Ay! Esto bajaba mucho mejor con un filete puesto en él.

EDELMIRO.- ¿Un filete? Si tuviera un filete no estaba aquí contemplándote. Hmmm,

un filetito, con todo su aceite por encima...

ETELVINA.- Dejaros de tonterías. ¿No os dais cuenta que se nos ha estropeado el tema del reloj?

EDELMIRO.- ¿Quién iba a decirlo? Todo el mundo pensando que el cabo andaba con Don Andrés para escoltarlo, y resulta que busca lo que nosotros.

ANTONIO.- ¡Ay! Rediós, Etelvina, piensa que el ojo es tuyo y no aprietes tanto.

ETELVINA.- Si no, esto no baja.

EDELMIRO.- Se ha terminado entonces esto de la película, ¿no?

ANTONIO.- ¿Se ha terminado? ¿No has oído a esos dos que si no ayudaba que me ponían el otro ojo igual?

EDELMIRO.- Es que entre los golpes que te daban y los alaridos que echabas, poco más se oía.

ETELVINA.- Además, por otro ojo morado tampoco hay que preocuparse demasiado.

ANTONIO.- Es que dijeron que después de igualarme los ojo, que me partían las piernas.

ETELVINA.- Tampoco tienes muchos sitios a donde ir.

ANTONIO.- Etelvina, estoy decidiendo entre mandarte a paseo o unirme al grupo del ojo morado, así que sigue por ese camino.

ETELVINA.- A ver, Antonio, es que ahora que no vamos a sacar nada de este asunto, ya me dirás qué pintamos en él Edelmiro y yo.

ANTONIO.- ¿Ayudar a un amigo?

ETELVINA.- Don Andrés no es nuestro amigo.

ANTONIO.- ¡Decidido! ¡El ojo a la virola!

EDELMIRO.- Es que cuantos más nos metamos en este jaleo, más acabaremos con algo roto. Te toca hacer ese sacrificio por el grupo.

ANTONIO.- Otro que se va a unir al grupo del ojo morado.

ETELVINA.- Entiéndelo. No hay recompensa.

ANTONIO.- Pues habrá que hacer que la haya.

EDELMIRO.- Han dicho bien claro que tu parte era mantener todos los dientes sanos. ¿Que nos vas a dar, dos muelas?

ANTONIO.- No. Si ellos le roban el reloj y el dinero a Don Andrés, nosotros tendremos que robárselo a ellos.

ETELVINA.- Claro, tantos golpes tenían que dejarle algo mal en la cabeza. ¿Cómo le